

CONDICIONES NATURALES PARA CONSERVAR Y PERFECCIONAR LA CASTIDAD

Vuelvo con vosotras a este tema de la Castidad que ya hemos comenzado. Vimos, como la virginidad, la perfecta castidad es un don de Dios. Hoy vamos a ver que hacer para conservarla, perfeccionarla, darla todo su esplendor. Para ello hay condiciones naturales y sobrenaturales.

Empiezo por fijarme en las naturales. Pero antes tengo que basarme en un principio que tal vez os extrañe: la castidad es una virtud frágil y delicada.

Todos los santos lo afirman. San Pablo dice que "llevamos nuestro tesoro en vasijas de barro". Esto explica las precauciones con que la Iglesia y las Reglas redean la perfección de esta virtud.

Una comparación os lo puede hacer comprender. Si ponen en vuestras manos un vaso finamente trabajado, muy frágil ¿cómo sabreis que es frágil? o porque os lo han dicho, o porque se os ha roto, o porque habeis visto que otra persona lo ha roto.

Pero fijaos que en esta materia no es posible experimentarlo. Hay que creer lo que los santos nos dicen sacado de las Escrituras, que llevamos en nuestras manos un tesoro frágil, que hay que tratarlo con cuidado y con respeto; con precaución porque es imposible conocerlo por nuestras propias experiencias o por las experiencias de otros. Como comprendereis, a mi edad, he visto romperse este vaso tan frágil, y es una triste experiencia. Es pues ne-

cesario, dando crédito a las Stas. Escrituras, llevar en las manos nuestro tesoro como algo de mucho valor y muy delicado.

¿Cuáles son las condiciones naturales para conservar y perfeccionar en nosotras el voto de castidad?

La primera de todas y la que más conviene al espíritu de nuestra congregación, es vivir en actitudes elevadas, en sentimientos elevados en lo que llamamos honor, dignidad. Hay que revestir el pensamiento, las actitudes, el obrar de rectitud, de lealtad, de limpieza y evitar lo que es bajo, sucio, inferior.

Esto seguramente os extrañará !Os he dicho que la humildad es la salvaguardia de esta virtud su fundamento, y ahora os digo que debeis revestiros de honor y dignidad!

No os dejéis empañar, Hermanas: la humildad no excluye la dignidad. Las personas verdaderamente humildes son generosas, de sentimientos elevados, rectas y leales. Quieren rendir a Dios el honor que le es debido, no quieren reservarse nada para sí, no quieren hacer nada para ser vistas por los demás - quieren enfocar todo hacia Dios: quieren seguir a Jesús en la humillación y el anonadamiento. Y para esto se necesita fuerza, nobleza, magnanimidad. La humildad es una virtud muy grande, muy noble, muy recta: es propia de personalidades elevadas.

Por eso al pedir os que os revistáis de honor, no digo nada contrario a la humildad. Se puede despreciarse a mi mismo, aceptar el ser despreciada por los demás, despreciar los honores que nos vienen de los otros y a la vez tener

ese respeto de sí misma, ese horror a toda doblez, a lo que supone cobardía y falta de transparencia.

San Ignacio dice en sus anotaciones (no sobre la castidad, pero sobre algo que a ella se refiere) que cuando el demonio tiente, procura en primer lugar persuadir de que se guarde secreto lo que él propone, frente a aquellas personas que nos dirigen, porque cuando logra el secreto tiene asegurada la victoria.

Así pues debemos huir, alejarnos lo más posible de toda duplicidad, engaño, secreto o misterio. Las personas muy claras, muy transparentes, muy rectas, están muy guardadas, tienen fortaleza ante el demonio que huye avergonzado, cuando ve sus sugerencias al descubierto. Esta apertura no debe, sin embargo, llevarse a cabo con cualquier persona indistintamente, sino con aquellas cuya misión es sostenernos, guiarnos e iluminarnos.

En los tiempos en que vivimos se escribe mucho sobre cosas bajas y despreciables, el lenguaje es grosero: se da gran importancia a aspectos inferiores de la vida. Las que vivimos a nivel más elevado debemos respetarnos: respetar el sello misterioso impreso en todo nuestro ser alma y cuerpo.

Respetar el cuerpo porque es miembro de Jesucristo y esa es la razón que nos da San Pablo para no mancharlo. Respetar el alma que es templo de Dios. Dios quiere vivir en ella como en un cristal purísimo, de manera que cuando se penetra hasta el fondo del ser se vea el reflejo de Dios, sin manchas ni arrugas, sin fealdades, sin tinieblas que oscurezcan los rayos de luz divina. Esta comparación es de Rossuet: "Si los rayos del sol, dice, penetran la transparencia de un manantial purísimo se ve hasta el fondo: así debe de ser en el ser en el que Dios habita y que refleja sus rayos".

Esto es lo que yo llamo revestirse de honor. Mirad como las Virgenes mártires han conservado el honor de su pureza, el honor de su fe, el honor de su valentía, el honor de su franqueza, de su amor a la verdad. Prefirieron sufrir mil suplicios antes que decir algo contrario a la verdad. Este es el primer medio de ser virgen y de seguir al Esposo de las vírgenes.

Quiero hacer hincapié sobre un sentimiento muy bajo y desgraciadamente muy común, que se opone a la perfección de la castidad en su doble vertiente interior y exterior: la vanidad. Aún en la vida religiosa, se pueden tener tentaciones de vanidad: por su gracia o por su tipo, o por sus éxitos. Gusta llamar la atención, oír decir: "¡Qué virtuosa... que esbelta... que belleza..." Esto es lo que los demonios repetían sin cesar a aquel venerable Padre del desierto, confiando en que caería en la vanidad: "¡Qué hombre tan santo... qué hombre tan santo!".

No se que medio emplearía para librarse de esta tentación, pero seguramente fué la humillación y el propio desprecio.

Muchas personas tienen este defecto: una porque canta bien; otra porque sabe expresarse; otra porque tiene buen tipo; aquella pone su vanidad en que las demás la quieran y la admiren. Es un sentimiento altamente detestable y todo - cuanto se recomienda en las Reglas en sentido opuesto tiene como finalidad salvaguardar la castidad. Hay pues que vigilarse para que ninguna vanidad nos perturbe ya que es un defecto al que damos poca importancia y no nos causa horror. Sin embargo es uno de los sentimientos que más perjudican a la castidad que debemos proteger con gran celo, delicadeza y respeto.

Veamos ahora la modestia, ¿Pensais que voy a pedir os que no os mireis, que no mireis a nadie de frente? No: actuad con sencillez, con la transparencia de un niño. No quiero de ningún modo imponeros una tensión continua: hay lugares dónde debéis estar recogidas con la vista baja, hacedlo así; tened un porte digno, religioso; tened sobre todo esta modestia que ya no se da en nuestra época: al vestiros, al desnudaros en todos los instantes del día y de la noche en cualquier lugar que os encontréis que vuestro Angel de la guarda o cualquier criatura os puedan mirar.

Esta delicadeza que supone el respeto a sí misma no se da en la educación actual. No digo esto para haceros escrupulosas, pero sí insisto en que al vestiros o desnudaros guardéis una delicadeza grande por respeto a vosotras mismas y a vuestro Angel de la guarda.

Voy más lejos. Entre todos los sentimientos elevados, el que debe tener la prioridad en nosotras, es la pureza.

He conocido personas en las que resplandecía esta prioridad, por ejemplo en el P. d'Alzón.

Era un hombre sencillo conversaba con todo el mundo, miraba de frente sin ñoñerías; con una mirada veía cuanto había en un cuarto hasta la más imperceptible tela de araña. Pero ¡qué reserva tan digna! ¿Habeis visto en él jamás un gesto chabacano? Como Director espiritual, como confesor sabía inspirar un amor apasionado por la pureza.

Eso mismo se tiene que dar en vosotras. El amor a la pureza debe resplandecer en vosotras y comunicárselo a las niñas. Sería necesario que cuantos se os acerquen puedan decir: "¡Cómo brilla en ella la pureza!". No quiere con esto decir que tenéis que hablar mucho de pureza; el P. d'Alzón casi ni la nombraba, pero se captaba en él ese rasgo, ese respeto, esa aspiración, ese entusiasmo, en fin ese "algo" que transparentaba un alma blanca como la nieve.

Hermanas que así sea entre nosotras, que sepamos comunicar pureza. Que el contacto con nosotras despierte en las jóvenes, horror por los libros inmorales, por las conversaciones, chistes o canciones chabacanas, por las amistades sentimentales, por los afectos que sin llegar a pecado no son el resplandor del amor a Jesucristo que es vuestra prioridad y que debéis comunicar a los demás.